

**Robert-Louis Stevenson**  
**La flecha negra**

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: Notas de lectura, Nadadores,  
Fecha de Publicación: 05/03/2025  
Número de páginas: 9  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

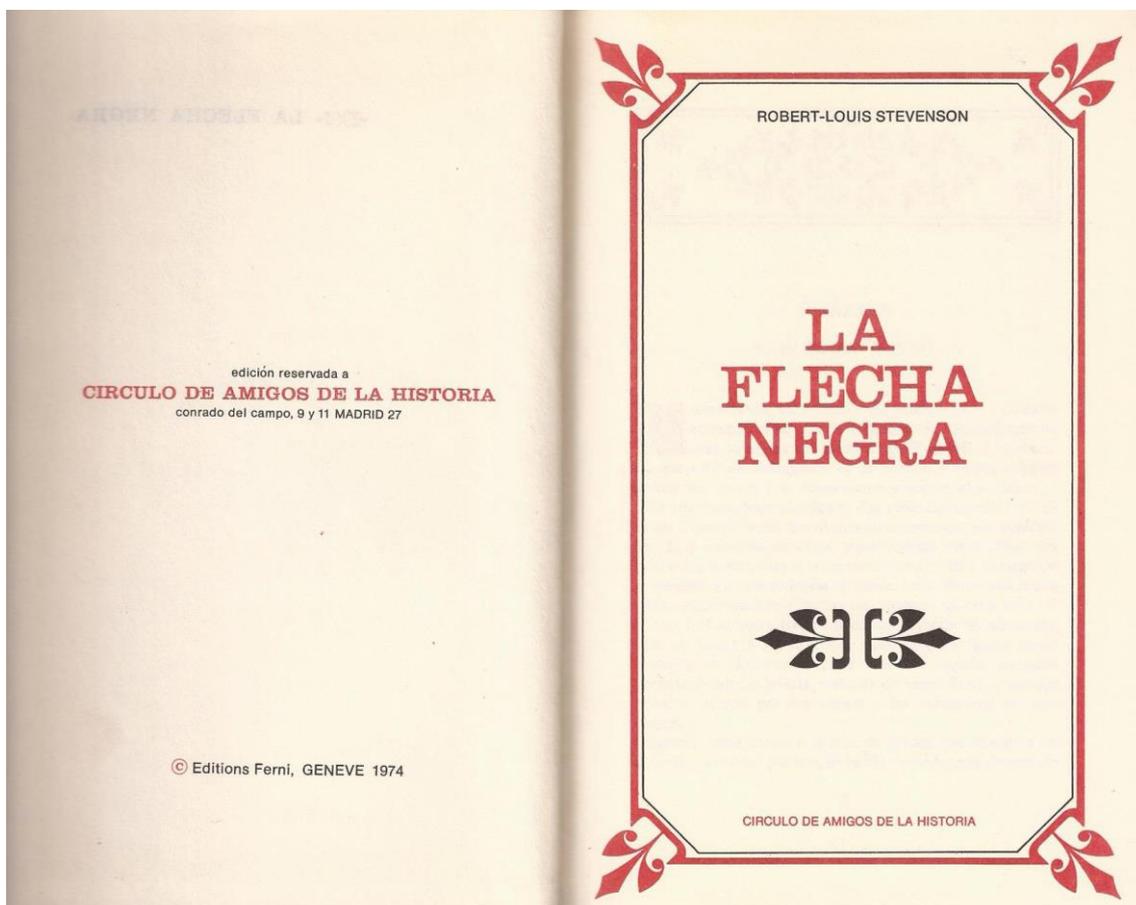
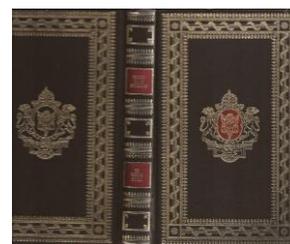
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## Robert-Louis Stevenson: La flecha negra

Sin referencia de traductor.

Barcelona, 1974. Círculo Amigos de la Historia y edic. Ferni-Geneve.



Una deliciosa novela de aventuras de Stevenson (1850-1894) situada en la baja Edad Media, durante la guerra de las Dos Rosas en Inglaterra, y que algunos comparan con las novelas de Walter Scott por su buen hacer. Es una novela de aventuras en estado puro, sin distracciones de otro tipo, con huidas, batallas, intrigas y personajes arquetipos de maldad y bondad, con dos jóvenes protagonistas, un chico y una chica, y final feliz como una novela popular de todos los tiempos. Escrita poco después de *La isla del tesoro*, que había tenido gran éxito, salió primero por entregas en 1883 y luego como libro en 1888 (*The Black Arrow: A Tale of the Two Roses*) y al parecer obtuvo tanto o más éxito que la anterior en medios juveniles. Su consistencia como novela popular está clara por las continuas traducciones y ediciones hasta la actualidad; por citar solo algunas de editoriales fuertes y recientes, las de Edhasa (H. C. Granch), Valdemar (2002, Francisco Torres Oliver) o Alianza (2008, Marisol Dorao Orduña). Signos claros de esa vitalidad.

Recogemos el índice y el capítulo inicial de lo que llama el libro I, que va precedido de un amplio Prólogo, plenamente novelístico a su vez, de una edición ya vieja de 1976, sin referencia de traductor pero muy cuidada de tipografía y presentación.

<p>INDICE</p>	
	<p>Prólogo. <i>Juan el Justiciero</i> . . . . . 7</p> <p>Libro I. <i>Los dos muchachos</i></p> <p style="padding-left: 2em;">I. La «Posada del sol», en Kettley . . . . . 23</p> <p style="padding-left: 2em;">II. Los pantanos y el paso del río Till . . . . . 31</p> <p style="padding-left: 2em;">III. Los rebeldes del bosque . . . . . 41</p> <p style="padding-left: 2em;">IV. Los cazadores sanguinarios . . . . . 49</p> <p style="padding-left: 2em;">V. Cómo acabó la jornada . . . . . 57</p> <p style="padding-left: 2em;">VI. El leproso . . . . . 65</p> <p>Libro II. <i>En Moat-House</i></p> <p style="padding-left: 2em;">I. Dick hace preguntas . . . . . 73</p> <p style="padding-left: 2em;">II. Los dos juramentos . . . . . 83</p> <p style="padding-left: 2em;">III. La cámara sobre la capilla . . . . . 93</p> <p style="padding-left: 2em;">IV. El pasadizo secreto . . . . . 101</p> <p style="padding-left: 2em;">V. Dick cambia de campo . . . . . 107</p> <p>Libro III. <i>Lord Foxbam</i></p> <p style="padding-left: 2em;">I. La casa junto a la playa . . . . . 115</p>

<p>II. Una escaramuza nocturna . . . . . 123</p> <p>III. En la Cruz de Saint-Bride . . . . . 131</p> <p>IV. El «Buena Esperanza» . . . . . 137</p> <p>V. El «Buena Esperanza» (<i>Conclusión</i>) . . . . . 145</p> <p>Libro IV. <i>El disfraz</i></p> <p style="padding-left: 2em;">I. La madriguera . . . . . 155</p> <p style="padding-left: 2em;">II. En casa del enemigo . . . . . 163</p> <p style="padding-left: 2em;">III. El espía muerto . . . . . 173</p> <p style="padding-left: 2em;">IV. En la iglesia de la abadía . . . . . 181</p> <p style="padding-left: 2em;">V. El conde de Risingham . . . . . 189</p> <p style="padding-left: 2em;">VI. Reparación de Arblaster . . . . . 195</p> <p>Libro V. <i>El jorobado</i></p> <p style="padding-left: 2em;">I. La trompeta estridente . . . . . 203</p> <p style="padding-left: 2em;">II. La batalla de Shoreby . . . . . 211</p> <p style="padding-left: 2em;">III. Saqueo de Shoreby . . . . . 219</p> <p style="padding-left: 2em;">IV. Una noche en los bosques: Alicia Risingham . . . . . 227</p> <p style="padding-left: 2em;">V. Una noche en el bosque: Dick y Joanna . . . . . 233</p> <p style="padding-left: 2em;">VI. La venganza de Dick . . . . . 241</p> <p>Conclusión . . . . . 245</p>	<p>Esta obra ha sido confeccionada por el CIRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA según maquetas originales propiedad de Editions Ferni, Genève. Ha sido compuesta en tipo Garamond del cuerpo 9. Las ilustraciones han sido especialmente seleccionadas para esta edición en el Gabinete de Estampas de la Biblioteca Nacional de París.</p> <p>Esta edición está exclusivamente reservada a los suscriptores</p>
------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

\*\*\*

no títtere por nuestro señor. Y allá en donde estéis, conseguid amigos leales y buscad protectores poderosos: nunca os olvidéis de hacerlo así... Por último, acordaos alguna vez de Bennet Hatch: en este mundo hay muchos pícaros peores que él. Ahora marchaos, y que Dios os guarde.

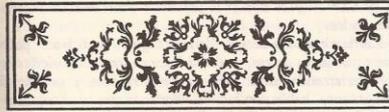
—Que él te proteja también, Bennet —respondió Richard—. Siempre fuiste un buen amigo mío, y no lo olvidaré.

—Otra cosa —añadió Hatch, todavía con mayor empuje—. Si ese Juan el Justiciero me envía la flecha prometida, quizá podáis dar una libra para el eterno descanso de mi alma pecadora. El Purgatorio no sería muy alegre para mí.

—Haré lo que desees, Bennet, pero deja tan sombríos pensamientos. Estoy seguro de que nos volveremos a encontrar, y además en algún sitio donde tendrás más necesidad de cerveza que de misas.

—¡Que Dios os escuche!... Pero ya viene sir Olivier con su carta. Si fuera tan hábil para manejar la espada como la pluma, sería un gran hombre de armas.

El párroco de Tunstall entregó a Dick un pliego sellado, que el joven caballero guardó en su casaca. Después hizo una seña a sus hombres, y la tropa se puso en marcha en dirección Oeste.



LIBRO I

LOS DOS MUCHACHOS

I

LA «POSADA DEL SOL», EN KETTLEY

**A**quella noche, sir Daniel y sus hombres estaban acantonados en Kettley, bien protegidos por sus patrullas de vigilancia y cómodamente instalados.

Sin embargo, el señor de Tunstall era hombre a quien la avaricia quitaba el sueño, y ni aun en aquellos momentos, cuando se adentraba en una aventura importante y dudosa, a las dos de la madrugada ya estaba dispuesto a esquilmar a quien fuese, y por la cantidad que fuera.

Su negocio principal consistía en mediar en las herencias en litigio; compraba los derechos del demandante menos provisto de razón, y luego, ganando la voluntad de personajes influyentes, conseguía injustas sentencias en su favor. Otras veces se andaba con menos rodeos y se apoderaba de la casa o las tierras en disputa por medio de las armas; después, entre sus influencias en la Corte y las marrullerías

23

de sir Olivier para burlar la ley, solía conservar los bienes incautados.

Kettley era uno de sus últimos logros; pero hacía poco que cayó en sus garras, y aún luchaba contra la oposición de algunos arrendatarios. Para imponer respeto y calmar el descontento, había conducido allí sus tropas, y ahora, después de un corto sueño, se dispuso a emplear sus procedimientos habituales.

Se sentó junto a la chimenea del gran salón de la «Posada del Sol», muy envuelto en una capa de color rojo y teniendo ante él una jarra de cerveza bien sazonada de especias. No llevaba yelmo, y mostraba desnuda su calva, que aparecía mayor sobre el rostro enjuto y moreno que ahora apoyaba sobre su mano, en actitud pensativa.

En el otro extremo de la amplia estancia, algunos hombres armados montaban guardia, mientras que otros compañeros, tendidos sobre los bancos, buscaban unas horas más de reposo. Cerca de sir Daniel, un muchacho, que aparentaba doce o trece años, estaba tendido en el suelo, arropado en una capa. El dueño de la posada, en pie y respetuosamente, escuchaba al gran personaje.

—Pon atención en lo que digo. No cumplas otras órdenes que las mías, y seré siempre un buen señor para ti. Necesito hombres adictos en los pueblos importantes, y Adams ha de ser condestable; si no resulta elegido, creo que lo sentirás... En cuanto a los que pagaron rentas a los Walsingham, tomaré otras medidas. Por cierto que creo que también tú...

—¡Os juro, señor —exclamó el posadero—, os juro que si pagué esas rentas fue por fuerza! No, valiente caballero; no tengo nada que ver con esos bribones de los Walsingham, que eran más pobres que unas ratas no hace mucho. Yo preferí un gran señor como vos, y podéis preguntar a quien sea: todos os dirán que estoy por los Brackley.

24

—Entonces —dijo sir Daniel—, pagarás doble renta.

Al posadero se le ensombreció el semblante, pero no dijo nada. Aquella era una desgracia que los arrendatarios soportaban con tanta frecuencia, en aquellos tiempos turbulentos sobre todo, que hasta podía darse por satisfecho de comprar la paz por aquel precio.

Mientras, el muchacho que estaba en el suelo comenzó a moverse, y después se incorporó, mirando en torno con expresión asombrada.

—¡Ven aquí! —le dijo sir Daniel.

El muchacho le obedeció, y mientras se acercaba, el señor se recostó en su asiento, riendo burlescamente:

—¡Por la santa Cruz de Holywood! —dijo—. ¡Vaya chico hermoso!

El jovencito enrojeció de rabia, y sus negros ojos lanzaron chispas de rencor.

Viéndole de pie, era más difícil precisar su edad. Sus mejillas eran sedosas como las de un niño, pero sus facciones mostraban cierta madurez. Su cuerpo era muy esbelto, y caminaba con algún desmaño.

—¿Me habéis llamado por algo, sir Daniel? —preguntó.— ¿O era sólo para burlaros de mi lastimoso estado?

—Nada de eso. Pero deja que me ría. Si te vieras, tú serías el primero en burlarte de ti.

—Pues seguid riendo —respondió el muchacho, volviendo a enrojecer de ira—. Ya responderéis de esto y de todo lo demás.

—¡Vamos, primo! —dijo sir Daniel, en tono conciliador—. ¿No ves que estaba bromeando?... Voy a proponerte un matrimonio que te valdrá mil libras, y no debes dudar de mi cariño. Es verdad que te apresé con cierta rudeza, y que te he tratado con pocos miramientos, pero me obligaron las circunstancias. De ahora en adelante voy a servirte y protegerte. Vas a ser madame Shelton, lady Shel-

25

ton, mejor dicho, porque el chico promete... ¡A ver, posadero! Trae una buena comida para mi primo, master John... Anda, hijo querido, siéntate y come.

—¡No! —exclamó master John—. ¡No probaré ni un bocado de pan! Ya que me forzáis a cometer este pecado, ayunaré por la salvación de mi alma... Posadero: traedme un vaso de agua, y eso me bastará.

—¡Ya sacaremos bula! —dijo el caballero, pacientemente—. ¡Si tenemos los mejores confesores de Inglaterra!

Pero el muchacho sólo tomó un poco de agua pura. Después fue a sentarse en un rincón de la estancia, se arrojó en su capa, y volvió a abstraerse en sus pensamientos.

Dos horas más tarde se oyó en el exterior el ruido de unos caballos al galope. La tropa se detuvo ante la posada, se abrió la puerta y, en el umbral, todo salpicado de barro, apareció Richard.

—¡Que Dios os guarde, sir Daniel! —dijo, acercándose.

—¡Dick Shelton! —exclamó el caballero, sorprendido.

Al oír este nombre, el muchacho, que aún continuaba en su rincón, observó al recién llegado con un tremendo interés.

—Pero, ¿dónde está Bennet Hatch? —siguió diciendo sir Daniel.

—Dignaos leer este mensaje de sir Olivier, y os enteraréis de todo lo sucedido... También debo deciros que, al venir hacia aquí, encontré a un caballero que me informó de que el señor de Risingham anda en apuros y pide que le ayudéis sin pérdida de tiempo.

—¡Vaya, vaya!... ¿Así que se encuentra en situación apurada?... Entonces, nos quedaremos tranquilamente aquí, porque en estos tiempos revueltos y peligrosos para la pobre Inglaterra, quien va despacio llega más seguro. Pero antes, veamos qué ganado me has traído de Tunstall... ¡Selden! ¡Saca una antorcha a la puerta!

26

Y sir Daniel salió de la posada, para inspeccionar a la tropa recién llegada. Como amo y como vecino, no gozaba del favor de la gente; pero como jefe y guerrero, le admiraban todos los que seguían su bandera. Su probado valor, su previsión para la comodidad de los soldados, y hasta sus rudas bromas, eran muy del gusto de los valentones que en aquellos contornos vestían cota y celada.

—¡Por la Santa Cruz! —exclamó al ver a los aldeanos de Holywood—. ¿Qué míseros perros son éstos...? ¡Amigos míos, voy a ponerlos en vanguardia en cuanto lleguemos al campo de batalla! Puedo quedarme sin vosotros y continuar tan tranquilo... ¡Hola, Clipsby! ¿También tú, buena pieza? Tú iras al frente de todos, con un ojo de buey pintado en la cota, para que seas mejor blanco para los arqueros. Ya lo sabes: tú me enseñarás el camino.

—Os enseñaré todos los caminos, sir Daniel —repuso osadamente el mozo—, menos el que os lleve a cambiar de partido.

El caballero prorrumpió en grandes carcajadas.

—¡Bien, hombre! ¡Muy bien dicho! Tienes lengua de víbora, pero te perdonaré por esa frase tan graciosa... ¡Selden, cuida de que coman estos hombres y sus bestias!

Sir Daniel regresó al interior de la posada, y volvió a sentarse en la mesa, acompañado por Dick.

—Come, amigo mío —le dijo—; aquí tienes tocino y buena cerveza. Mientras, yo leeré el mensaje de sir Olivier.

Cuando terminó la lectura, el caballero miró a su pupilo con aire preocupado, como indeciso. Por último se decidió a preguntarle:

—¿Has leído estas coplas de ciego?

—Sí, señor.

—Entonces, ya sabes que se menciona el nombre de tu padre, y que un loco culpa de su muerte a nuestro buen capellán.

27

—Pero él lo negó, y muy indignado por cierto.

—¿De veras lo ha negado? De todas formas, no hagas mucho caso de lo que haya dicho, porque es un charlatán impertinente... Otro día que esté más desocupado que hoy, te hablaré de aquel triste acontecimiento. Las sospechas recaían sobre un tal Duckworth, pero los tiempos estaban muy revueltos y no se pudo hacer justicia.

—¿Pero ocurrió en Moat-House? —preguntó Dick, mientras que su corazón latía con violencia.

—Sucedió entre Moat-House y Holywood —contestó sir Daniel, muy sereno al parecer.

Pero al decirlo, miró recelosamente al caballero y en seguida se apresuró a pedirle:

—Acaba con tu comida, que voy a mandarte a Tunstall con unas líneas para sir Olivier.

El rostro de Dick se ensombreció con una expresión de tristeza.

—¡Por favor, sir Daniel! —exclamó—. ¡Que vaya cualquiera de esos villanos! Os suplico que me dejéis tomar parte en la batalla; ya veréis cómo me porto.

—No lo dudo —respondió el caballero, disponiéndose a escribir—. Pero aquí, Dick, no te espera gloria alguna. Voy a seguir en Kettle hasta tener noticias seguras de cómo marcha la guerra, y entonces me uniré al vencedor... Y no por cobardía, sino por prudencia. Este pobre reino está tan revuelto con las continuas rebeliones, y cambia tanto de manos el nombre y la custodia del rey, que nadie puede prever hoy lo que sucederá mañana.

Dicho esto, sir Daniel se dispuso a escribir, vuelto de espaldas a Dick y en el extremo más apartado de la larga mesa. El joven Shelton continuó comiendo, hasta que, de pronto, notó que alguien le tocaba ligeramente en un brazo, y una voz suave le decía, casi al oído:

—¡No os mováis, por favor! Por caridad os pido que me

28

indiquéis el camino para llegar a Holywood. En nombre del cielo, sed buen chico y socorred a una pobre alma que se encuentra en peligro, y en la mayor miseria del mundo.

—Tomad el camino que pasa junto al molino —respondió Richard con el mismo sigilo—. Cuando lleguéis al pontón del Till, preguntad por dónde os conviene seguir.

Continuó comiendo con el mismo disimulo; pero, sin volver la cabeza, miró de reojo al muchacho que le habló, y que ya entonces se alejaba furtivamente hacia la puerta.

«¿Cómo? —se dijo—. Tiene menos años que yo, y me llamó "buen chico"... Si hubiera reparado en ello antes de contestarle le hubiera soltado un pescocón. Bueno: si consigo pasar los pantanos, ya lo atraparé y le tiraré de las orejas.»

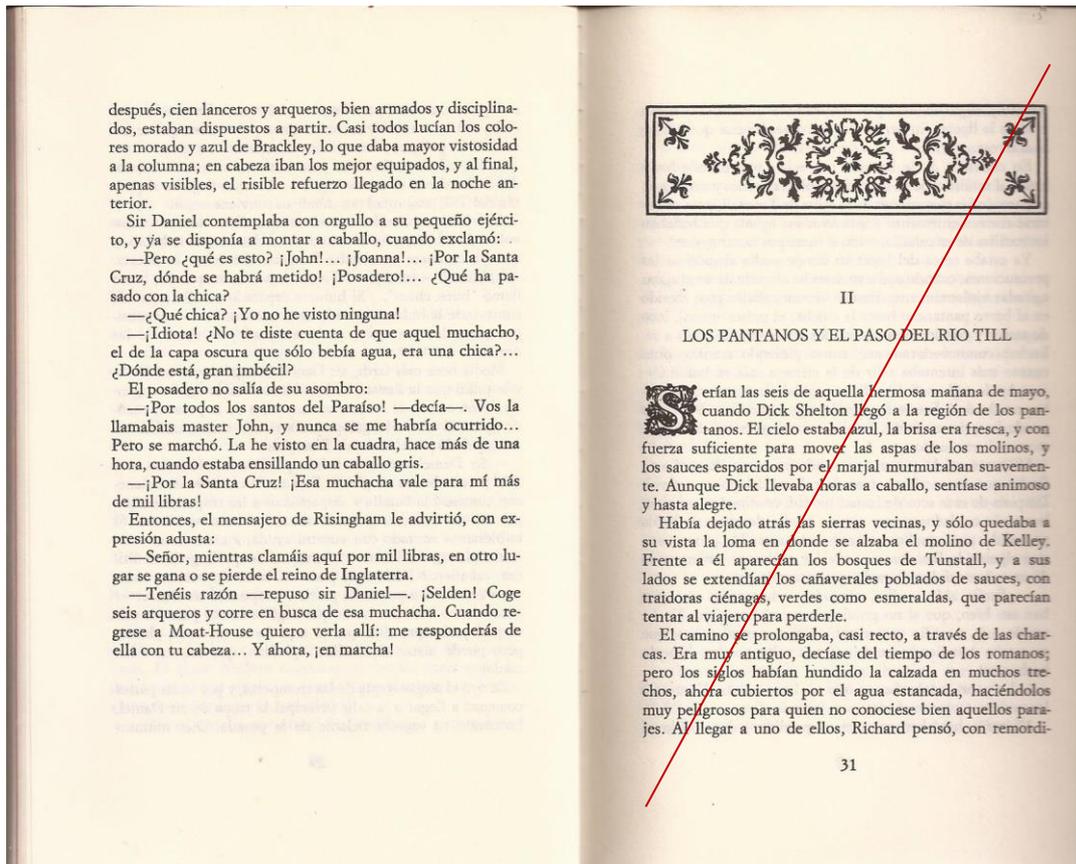
Media hora más tarde, sir Daniel entregó su carta a Dick, y le pidió que la llevara a Moat-House con la mayor urgencia. Y no estaría el muchacho muy lejos de la posada, cuando apareció ante ella, galopando a rienda suelta, un mensajero enviado por el señor de Risingham.

—Sir Daniel —dijo—, habéis perdido una hermosa ocasión para cubrirlos de gloria. Esta mañana, antes de amanecer, comencé la batalla y dispersamos a las tropas enemigas por su ala derecha; pero el centro se mantuvo firme. Si hubiéramos contado con vuestra ayuda, a estas horas estarían en las aguas del río... ¿Será posible que lleguéis el último, caballero? Diría muy poco en favor de vuestra fama.

—Ya estaba a punto de partir —respondió sir Daniel—; pero aún no hace dos horas que llegó la mayor parte de mis tropas, y siempre dije que la espuela es un buen pienso, pero puede matar al caballo... ¡Selden, que toquen a llamada!

Se oyó el alegre toque de las trompetas, y por todas partes comenzó a llegar a la calle principal la tropa de sir Daniel, formando en seguida delante de la posada. Diez minutos

29



después, cien lanceros y arqueros, bien armados y disciplinados, estaban dispuestos a partir. Casi todos lucían los colores morado y azul de Brackley, lo que daba mayor vistosidad a la columna; en cabeza iban los mejor equipados, y al final, apenas visibles, el risible refuerzo llegado en la noche anterior.

Sir Daniel contemplaba con orgullo a su pequeño ejército, y ya se disponía a montar a caballo, cuando exclamó:

—Pero ¿qué es esto? ¡John!... ¡Joanna!... ¡Por la Santa Cruz, dónde se habrá metido! ¡Posadero!... ¿Qué ha pasado con la chica?

—¿Qué chica? ¡Yo no he visto ninguna!

—¡Idiota! ¿No te diste cuenta de que aquel muchacho, el de la capa oscura que sólo bebía agua, era una chica?... ¿Dónde está, gran imbécil?

El posadero no salía de su asombro:

—¡Por todos los santos del Paraíso! —decía—. Vos la llamabais master John, y nunca se me habría ocurrido... Pero se marchó. La he visto en la cuadra, hace más de una hora, cuando estaba ensillando un caballo gris.

—¡Por la Santa Cruz! ¡Esa muchacha vale para mí más de mil libras!

Entonces, el mensajero de Risingham le advirtió, con expresión adusta:

—Señor, mientras clamáis aquí por mil libras, en otro lugar se gana o se pierde el reino de Inglaterra.

—Tenéis razón —repuso sir Daniel—. ¡Selden! Coge seis arqueros y corre en busca de esa muchacha. Cuando regrese a Moat-House quiero verla allí: me responderás de ella con tu cabeza... Y ahora, ¡en marcha!



II

LOS PANTANOS Y EL PASO DEL RIO TILL

**S**erían las seis de aquella hermosa mañana de mayo, cuando Dick Shelton llegó a la región de los pantanos. El cielo estaba azul, la brisa era fresca, y con fuerza suficiente para mover las aspas de los molinos, y los sauces esparcidos por el marjal murmuraban suavemente. Aunque Dick llevaba horas a caballo, sentíase animoso y hasta alegre.

Había dejado atrás las sierras vecinas, y sólo quedaba a su vista la loma en donde se alzaba el molino de Kelley. Frente a él aparecían los bosques de Tunstall, y a sus lados se extendían los cañaverales poblados de sauces, con traidoras ciénagas, verdes como esmeraldas, que parecían tentar al viajero para perderle.

El camino se prolongaba, casi recto, a través de las charcas. Era muy antiguo, decíase del tiempo de los romanos; pero los siglos habían hundido la calzada en muchos trechos, ahora cubiertos por el agua estancada, haciéndolos muy peligrosos para quien no conociese bien aquellos parajes. Al llegar a uno de ellos, Richard pensó, con remordi-

Es en esa huida de los dos muchachos en donde aparece la primera escena con Nadadores; Richard o Dick Shelton, master Shelton también, el joven aspirante a caballero, y el más joven aún John Matcham debían atravesar el bosque en donde estaban los temibles hombres de las flechas negras, que suponían una amenaza para su señor sir Daniel; uno de ellos los vigilaba en el momento del paso del río Till, con lo que el barquero Hugh, también temeroso de esos forajidos, le rogó que desembarcasen cuanto antes, y a eso se disponían ambos muchachos.

A una señal de Dick, Matcham, pálido pero resuelto, saltó a la orilla. Su amigo intentó seguirle con el caballo, pero el animal, asustado, se encabritó, y la barcaza estuvo a punto de zozobrar.

-Me temo que no podremos desembarcar aquí — dijo, mientras seguía con sus intentos de calmar al caballo.

En aquel momento, el hombre que les vigilaba ya estaba cerca, y les gritó:

-¿Quién va?

-Es master Shelton — respondió el barquero.

-¡Quieto, Dick Shelton! — vociferó el hombrón -: ¡Os juro que no os haré daño alguno, pero permaneced quieto!

Richard le contestó con un insulto, y el otro, soltando una flecha, le dijo:

-Entonces, master Shelton, seguiréis vuestro camino a pie.

El dardo se clavó en el cuerpo del animal que, al desplomarse, puso otra vez en peligro la barcaza, que acabó por volcarse de lado. Todo sucedió tan rápido, que los dos hombres cayeron al río.

Cuando Dick pudo volver a la superficie, se encontraba cerca de la orilla, y vio que le tendían un palo, al que se agarró ciegamente. Sintió que alguien le arrastraba, y enseguida llegó a tierra firme.

-¡Por la Santa Misa! – dijo a Matchan, que allí estaba -. Os debo la vida, porque confieso que no sé nadar... Pero vamos, alejémonos de aquí lo antes posible.

Y uniendo el gesto a la palabra, echó a correr todo lo que podían sus piernas, seguido de su compañero. Pero el infeliz muchachito, con su pie herido, apenas pudo dar una corta carrera; y no muy lejos de la orilla, tuvo que dejarse caer en el suelo.

-No puedo más, Dick – dijo, jadeando -. Déjame aquí.

-Nunca te dejaré. No puedo olvidar que te expusiste a ahogarte para salvar mi vida.

-Te equivocas – le respondió Marchan -. Sé nadar muy bien, y podía hacerlo sin peligro.

-¿Es posible? – se le escapó a Dick, mientras miraba al compañero con ojos asombrados.

La natación era el único de los ejercicios viriles para el que se sentía incapaz, y por eso admiraba mucho a los que sabían nadar.

-¡Yo que prometí cuidarte hasta Holliwod – dijo -, y ahora resulta que eres tú quien me ha cuidado!... Pero sigamos, aunque sea apoyándote en mi hombro... No puede ser: no eres lo bastante alto. ¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

-He cumplido dieciséis.

-Poco has crecido, entonces. Bien: dame la mano. Iremos despacio.

Comenzaron a trasponer la loma que tenían delante, ya en terreno firme y seco, y Dick siguió comentando:

-¡Qué mano tan pequeña tienes! Si yo la tuviera así, me avergonzaría. ¡Ahora me explico mejor que el barquero te tomase por una doncella!

-¡No sé por qué! – exclamó John sonrojándose.

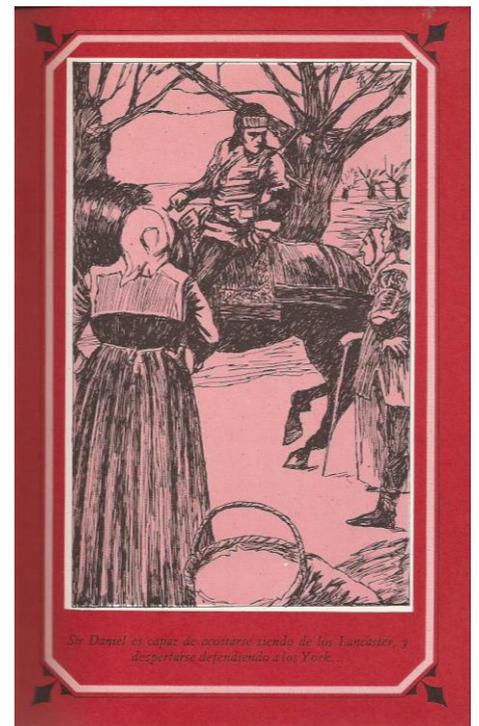
-No creas que te censuro. Para pícaro, puedes parecer un tanto extraño; para pícarona, serías una moza muy bien parecida.

-¡Pero tú sabes bien que no lo soy! – respondió Matchan, otra vez ruborizado, pero decidido a cambiar de tema -. ¿No podíamos descansar un poco? Y si pudiera comer, lo que fuese... ¡Me muero de hambre!

-Entonces, siéntate y come; aquí llevo un poco de pan y tocino que cogí de la posada. Mientras, yo exploraré los alrededores. (pp.38-40)

Una escena de Nadadores y, a la vez, de inicio del reconocimiento de los dos protagonistas, el joven aspirante a caballero, master Shelton, que pronto va a sospechar que su señor ha sido causante de la muerte de su padre, y la joven heredera Joanna Sedley a la que el malvado sir Daniel quiere casar a su gusto para incautarse de sus bienes. Joanna, disfrazada de muchacho bajo el nombre de John Matchan, todavía no se manifiesta como tal en su viaje a Holliwod en compañía de Richard Shelton, pero este ya la aprecia como a un amigo a quien debe la vida como buen nadador, a él que no sabe nadar.

Poco más tarde (p.77), sir Daniel encargará una misión arriesgada a uno de sus criados; entre los obstáculos que ha de superar está atravesar el río Till, sin utilizar la barca ni el puente para no ser descubierto, y el criado se muestra también como buen Nadador:



Sir Daniel es capaz de acostarse siendo de los Lancaster, y despertarse defendiendo a los York.

-Sé nadar, y me arreglaré bien. No temáis sir Daniel.

-Me gusta la solución, muchacho. Pero antes, pasa por la cocina y nada en cerveza.

Ser nadador, pues, es una virtud más caballeresca, práctica en misiones especiales, como esta de mensajero en una acción dificultosa. Pero, sobre todo, es una habilidad que puede salvarte la vida en una situación de peligro. A pesar de su torpeza como nadador, el bracear del nadador salvó la vida a Dick Shelton en su huida del castillo de su patrón sir Daniel, cuando descubre que este quiere neutralizarle en una cámara de su castillo; es una escena de despedida de Joanna, ya a las claras muchacha en peligro en ese castillo, los dos encerrados en una cámara alta de la que ya han descolgado una cuerda a la ventana para intentar escapar tras salvar el foso que rodea la fortaleza. La muchacha se asombra de la cantidad de cuerda que Dick tiene que ir soltando en el vacío...

-¿Tan altos estamos, Dick?... Nunca me atreveré a descolgarme.

¡Estoy segura de que me caería!

Lo dijo con seguridad tan desesperada, que el muchacho se sobresaltó, y la cuerda se le escapó de las manos, cayendo ruidosamente en el agua del foso. La voz de un centinela gritó en seguida:

-¿Quién va?

-¡Voto al diablo! – exclamó Dick -. ¡Estamos perdidos!... Pronto, descuélgate y sujeta la cuerda abajo.

-¡No puedo! – balbució ella, pálida de espanto.

-¡Si tú no puedes, yo menos! ¿Cómo podría atravesar a nado el foso, si tú me abandonas?

-¡Es que no puedo, Dick! ¡Si ya me fallan las fuerzas!

Se oyeron pasos en el corredor, y Richard se precipitó hacia la puerta para correr el cerrojo y ganar tiempo. No pudo. Antes de llegar le empujaron furiosamente desde el exterior, y unos soldados se precipitaron en la cámara. Saltó entonces hacia la ventana, donde Joanna seguía, casi desvanecida. Intentó cogerla en brazos, pero la muchacha estaba inerte, pesada, como muerta.

Acosado por los asaltantes, consiguió apuñalar a uno; en seguida aprovechando el desorden producido por su rápida defensa, se encaramó en la ventana, se agarró con ambas manos a la cuerda, y comenzó su peligroso descenso. Por fortuna le ayudaban los nudos con que estaba preparada; aún así, la precipitación y la inexperiencia le hicieron cometer continuas torpezas. Tan pronto se golpeaba la cabeza contra el muro, como se desollaba las manos contra su rugosa superficie. Por último decidió soltarse, y fue a caer en las frías aguas del foso.

Por milagro, su mano tuvo la suerte de tropezar con la cuerda que flotaba, y ello le salvó de ahogarse [...] Comenzó entonces a bracear como mejor podía, siempre agarrado a la cuerda. Y así consiguió llegar a las... ramas del sauce [...] Las cogió, casi convulso, tan pronto creyéndose salvado como temiendo hundirse otra vez y, por fin, chorreando agua y jadeante, pudo arrastrarse hasta lo más frondoso del árbol.  
(pp.107-108).

Acogido por los hombres del bosque, los de la flecha negra, comienza su aventura de lucha contra el malvado sir Daniel, su antiguo amo y señor, y los episodios novelescos que culminarían con la liberación de su amada Joanna, de quien se había enamorado y de la que era correspondido. Una aventura clásica tanto como la celebrada *La isla del tesoro* y con similar éxito editorial...

